

RESEÑA

Murrell, C.

Foreign Correspondents and International Newsgathering: The Role of *Fixers*

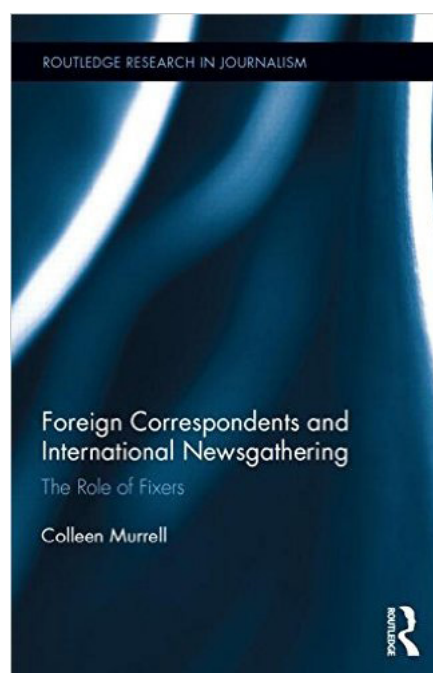
Routledge Studies in Journalism (Book Series)

2015, Nueva York, Estados Unidos

176 págs.

“Una vez que encuentras un buen *fixer*... es mejor que lo retengas porque es polvo de oro”, le dice Adrian Brown, corresponsal extranjero de Channel 7, de Australia, a Colleen Murrell (p. 88), al referirse a la importancia que tienen los *fixers* –la BBC los llama “productores locales” desde hace un tiempo– en la cobertura internacional de televisión.

Los productores locales o *fixers* “aportan al equipo conocimiento, traducción, habilidades, contactos y acceso a personas y lugares que afectarán el tipo de historias que son contadas y cómo son contadas”¹ (p. 2). En general, estos productores locales resuelven no solo problemas logísticos sino que también editoriales, tal como el trabajo que acá reseñamos propone. En el primer caso, ofician de traductores, resuelven u orientan en cuestiones de seguridad del equipo periodístico en locaciones en conflicto. En el segundo caso, los *fixers* también asumen (o se les asignan) tareas editoriales, como proponer temas a cubrir, facilitar redes de contacto y fuentes noticiosas. Esta figura de *fixers* o productores locales de los corresponsales extranjeros ha sido rara vez considerados por los académicos e investigadores (o reconocidos por los periodistas) como figuras que juegan un rol significativo –tanto editorial como logístico– en el equipo de reporte, afirma Murrell (p. 45).



¹ En el original: “Fixers bring to the team local knowledge, translation, capabilities, contacts and Access to people and places that will affect the kinds of stories that are told and how they are told”. Traducción de la autora de la reseña.

El trabajo de la profesora titular de la Universidad de Deakin en Melbourne (Australia) explora el rol de los *fixers* en la producción noticiosa internacional y, por lo tanto, cómo (re)enfocan la cobertura en lugares como Irak, Indonesia o Europa Central, entre otros. De hecho, el libro incluye dos estudios de casos: la cobertura internacional y el rol de los *fixers* en Irak (cap. 6) y en Indonesia (cap. 7).

Esa imagen mítica del corresponsal extranjero ha sido reforzada por la literatura disponible, tanto académica como del género biográfico y testimonial, y por el cine. El ya fallecido Walter Cronkite, hombre ancla de la cadena estadounidense CBS por casi dos décadas, decía que no hay nada más glamoroso en el campo periodístico que ser corresponsal de guerra (p. 27). Sin embargo, el trabajo de Murrell permite indagar en los intersticios de la producción noticiosa internacional, alejados del estereotipo de Ernest Hemingway o Peter Arnett, y concentrados más bien en el carácter colectivo y las barreras obvias en una labor como la de reportear en países con otras costumbres, otros idiomas, otras redes de poder distintas a las que un periodista puede acceder en su propio contexto nacional.

El contexto en que se ubica la investigación de Colleen Murrell es un ciclo noticioso de 24/7, con recortes presupuestarios a la cobertura internacional sistemáticos y, por lo tanto, la producción noticiosa internacional basada en agencias noticiosas y/o corresponsales “paracaidistas”. A eso se agregan la competencia de los usuarios de redes sociales –como Twitter- para publicar incluso antes que las agencias (p. 12), los cambios tecnológicos – que incluyen teléfonos móviles, computadores portátiles con capacidad de editar material audiovisual, Internet, cámaras digitales y otros sistemas de producción noticiosa que permiten al periodista grabar, editar y distribuir en un solo dispositivo (p. 14). Este contexto, además, se caracteriza por una producción noticiosa basada en la polifuncionalidad de los periodistas (*content packagers* o empaquetadores de contenidos, en palabras de García Avilés et al., citados en p. 15), y un crecimiento del llamado periodismo ciudadano y del periodismo free lance. Finalmente, la investigación de Murrell se ubica también en un momento en que han empeorado las condiciones de seguridad para reportear en ciertos destinos noticiosos –como el caso de Irak-, que han transformado el carácter de la labor de los corresponsales extranjeros.

“Este problema entre el *propósito* y el *costo*² del reporteo está al corazón del debate actual sobre la cobertura noticiosa internacional” (p. 19). Parte de estas transformaciones

2 *Itálicas en el original.*

incluyen la cada vez mayor responsabilidad editorial asignada a los equipos locales de reporteo.

Las preguntas que guían la investigación son: ¿Qué tipo de relación hay entre un corresponsal y un *fixer*? ¿Qué influencia tiene en el proceso de producción noticiosa? ¿Cómo son buscados y reclutados los *fixers*? ¿Cómo trabajan juntos corresponsal y *fixer*?

Teóricamente, el trabajo se ubica en la tradición de la sociología de estudios de periodismo (Schudson, Tuchman, Cottle, Reese y Shoemaker) y de la propuesta de Bourdieu de problematizar el campo periodístico como parte del campo de poder, donde se (re) producen, negocian y comparten capital cultural y simbólico.

En la primera tradición, el trabajo de Murrell indaga en el nivel intermedio u organizacional de la producción periodística de noticias internacionales, en el trabajo diario en el que se ven involucrados corresponsales y sus equipos locales y la relevancia que, entonces, tiene el *fixer* en ese proceso. En el segundo caso, indaga en cómo y de qué manera los productores locales o *fixers* influyen y se ven influidos por las corresponsalías en un trabajo que es colectivo. En particular, Murrell recurre a los conceptos de campo periodístico, *habitus*, y capital cultural de Bourdieu para su trabajo.

Metodológicamente, la investigación es de carácter exploratorio y cualitativo. En el primer caso, explora por qué los corresponsales contratan *fixers* y cómo trabajan ambos (p. 59). En el segundo, el corpus del trabajo está constituido por entrevistas semiestructuradas a 20 corresponsales extranjeros de larga trayectoria, identificados con nombre y apellido para la investigación. Al momento del trabajo de campo, diez de ellos eran empleados de estaciones televisivas australianas y los otros diez, de la televisión británica. En ambos casos, se consideraron medios privados y públicos. Además, se entrevistaron a cinco *fixers*. Por razones de seguridad, los dos basados en Irak no son identificados por sus nombres verdaderos en el libro.

Como señala la autora, “el campo de la corresponsalía extranjera es un universo social que es construido en la forma en que explica Bourdieu –con sus propios mitos, objetivos, miembros de una tribu y jerarquías” (p. 48).

El capital que encarnan los corresponsales extranjeros, de acuerdo a esta investigación y siguiendo a Bourdieu, es valor externo convertido en parte integral de la persona, “en un *habitus*” (p. 147). Dicho valor es encarnado a través de su educación y aprendizaje, sus habilidades para escribir, reportear y su experiencia internacional.

Sin embargo, cuando los reporteros se trasladan a contextos cultural, política y económicamente ajenos a sus orígenes y tradiciones, ni siquiera el capital acumulado les permite desenvolverse independientemente, sin la ayuda de *fixers* o productores locales que les permita decodificar el contexto en que se desenvuelven. Es, como dicen algunos de los entrevistados, estar ciegos en terreno. Es entonces cuando “toman prestado” el capital de sus *fixers* (como el idioma árabe o la posibilidad de ingresar a lugares que de otra manera no podrían, como es el caso de una mujer reportando en un país musulmán).

“La producción noticiosa internacional, como la que desarrollan los corresponsales extranjeros de canales de televisión, es casi enteramente el producto de una sociedad entre estos periodistas y sus *fixers* locales” (p. 145), concluye Murrell. Ya no son solo quienes deben resolver cuestiones logísticas, sino que también tienen relevancia en cuanto a decisiones editoriales (qué historias cubrir, a qué fuentes recurrir, qué enfoques dar, entre otros). Solo uno de los corresponsales le asigna un mero valor práctico a sus contactos en terreno. Por lo tanto, los corresponsales aspiran a conformar equipos con pares, con otros reporteros como ellos, y de ahí que prefieran buscar a sus *fixers* entre periodistas locales, académicos o estudiantes universitarios. Esto se traduce en que, a pesar de las precauciones, pueden caer en la búsqueda de “iguales” o “similares”, o sea, de quienes compartan capital cultural y social similar a los corresponsales. Este esfuerzo de buscar *fixers* entre “tribus” similares (periodistas locales, por ejemplo) no solo contribuye a (re)producir una elite local (solo ciertos comunicadores tienen acceso a estas redes internacionales y a trabajos mejor pagados, como el de un *fixer*), sino que también (re) produce la misma tribu de corresponsales que se configura, así, solo con pares o iguales, con capitales culturales y simbólicos y *habitus* más o menos compartidos.

El *habitus* se activa sobre todo –pero no solamente– en el proceso de reclutamiento de los contactos locales. Las estrategias son heterogéneas y dependen de diversos factores, como el medio en que trabaja, el tipo de reportaje, el país o el peligro del sitio donde se pretende reportear. Sin embargo, buena parte de los mecanismos para reclutarlos es de boca en boca, entre corresponsales y, en algunos casos (como en la BBC), recurren a la base de datos del medio para buscar quiénes trabajan o han trabajado antes para el medio y, por lo tanto, son confiables en términos logísticos, prácticos y editoriales.

Siguiendo la idea de Bourdieu sobre el campo periodístico, la relación entre los corresponsales y sus colaboradores locales o *fixers* implica la adquisición de capital

encarnado, capital objetivado y capital institucionalizado (a través de premios y reconocimientos profesionales), para unos y otros. Sin embargo, es este último –el de capital institucionalizado– del cual menos gozan los *fixers*, en particular en zonas de conflicto, pues deben mantener su anonimato para evitar represalias de las partes en conflicto en sus lugares de origen, como es el caso de Irak.

Esta relación de intercambio mutuo, además, implica la posibilidad de influir en el enfoque y cobertura noticiosa. De ello son conscientes tanto los corresponsales como los colaboradores o productores locales: los primeros, en orden a estar atentos a ser utilizados por agendas personales o partidistas de los *fixers*. En el caso de los segundos, en el sentido de desincentivar una mirada occidental, colonial y/o hegemónica de la prensa internacional sobre realidades locales complejas y, también, de promover agendas locales o sectoriales.

Sin embargo, no es tan fácil garantizar una mirada local por el hecho de reclutar a colaboradores locales, pues en la medida en que corresponsales y *fixers* comparten capitales culturales más o menos comunes (inglés, educación superior, pertenencia a capas medias o altas de la sociedad local, por ejemplo), los colaboradores locales pueden también haber adoptado valores occidentales y no necesariamente garantizan sensibilidades locales.

En la medida en que los medios depositan sistemáticamente mayores responsabilidades editoriales en los reporteros locales (por recortes presupuestarios, cierres de oficinas en terreno o razones de seguridad), los tradicionales corresponsales –sugiere Murrell– deberían transformarse en corresponsales de asuntos internacionales (*foreign affairs correspondents*) que puedan ofrecer análisis e interpretación, mientras que el reporte en terreno será conseguido por vías más económicas, como agencias, productores locales o, incluso, periodismo ciudadano. Sin embargo, contratar colaboradores locales puede ser una solución para medios de países anglosajones, pero no para medios que producen contenidos en otros idiomas, pues es más factible encontrar *fixers* que dominen el inglés. Por lo tanto, la amplitud, profundidad y enfoque de la cobertura internacional en países y medios distintos a los de habla inglesa seguirá siendo un desafío para el ámbito tanto profesional como académico.

El texto contiene un par de errores que pueden pasar desapercibidos para lectores no familiarizados con los países del Cono Sur, pero que la editorial debiera rectificar en

ediciones posteriores del trabajo. El primero, es que uno de los entrevistados ubica a “Barialoche” (sic) en el Norte de Argentina (p. 107), en circunstancias en que se ubica en el sur de ese país. El segundo es que, al parafrasear a un entrevistado, la autora reproduce un error (por lo tanto, no sabemos si el error es del entrevistado reproducido por la autora o solo de ésta) y señala textualmente:

“Jeremy Bowen (BBC) recounted how, while pursuing various stories in Chile in 1989 (in the aftermath of the coup that dismantled President Salvador Allende’s government) he did not immediately work out that his *fixer* was sabotaging a story...” (p. 112). El error está en que el Golpe de Estado en Chile fue en 1973 y no en 1989.

La investigación es útil para periodistas y académicos estudiosos del periodismo y de los asuntos internacionales, así como también para investigadores en campos como los estudios culturales o postcoloniales.

Claudia Lagos Lira

Universidad de Chile y University of Illinois at Urbana-Champaign
clagos@uchile.cl / lagosli2@illinois.edu